invitaciones que de Valencia y Paris me dirigieran? ¿No era la misma que de Nápoles me impeliera á Roma á pesar de la determinacion que habia tomado de ir á Sicilia? ¿No era la misma que en Roma, en los momentos de mi salida, me obligaba á hacer la visita que me repugnaba, al paso que no tenia ya tiempo para hacer ninguna de otras que me hubieran sido mas gratas? ¡Oh conducta de la Providencia! ¡Luego existe una misteriosa influencia que acompaña al hombre por el sendero de la vida! Habíaseme dado al nacer el nombre de Tobías, asociado con el de Alfonso; olvidéme de mi primer nombre, empero no se olvidó de él el ángel invisible. Este era el verdadero amigo que me habia enviado el Señor, pero yo no le conocia. ¡Ay de mí! ¡Tantos Tobías hay en el mundo que no conocen à este guia del cielo y que se resisten á las palabras que exhala su labio."

"No era mi intencion la de pasar el carnaval en Roma; pero queria ver al papa y me habia asegurado el señor de Bussiére que le veria, el primero de aquellos dias, en San Pedro. Hicimos algunas excursiones juntos. Nuestras conversaciones tenian por objeto cuanto notable percibiamos; tan pronto hablábamos de un monumento como de un cuadro, como de las costumbres del país, y con estos diversos asuntos veníanse siempre á complicar las cuestiones religiosas. El señor de Bussiére íbalas trayendo à colacion con tanta franqueza, sosteníalas con

tanto entusiasmo, que mas de una vez en el fondo de mi pensamiento, me dije á mí mismo que si algo podia apartar á un hombre de la religion, era el propio empeño que se empleaba para convertirle.

"Mi natural jovialidad inclinábame á reirme de los asuntos mas serios, y á las chispas que en mis chanzas arrojaba, veníase el fuego infernal de mis blasfemias, en las cuales no quiero ni aun pensar hoy, pues en tal grado me horrorizan.

"Y sin embargo, el señor de Bussiére. á pesar del dolor que mi conducta le causaba, mostrábase para conmigo con mucha moderacion é indulgencia. Aun llegó una vez á decirme: "En despecho de vuestra ira, estoy íntimamente persuadido de que algun dia sereis cristiano, porque observo un fondo de rectitud en vos que me convence de que se verá vuestra alma iluminada aun cuando para ello os haya de enviar el Señor uno de sus ángeles del cielo.

"Sea en buena hora, contestéle, porque de otro modo el negocio seria difícil.

"Al pasar por la *Scala santa* llenòse el señor de Bussiére de entusiasmo. Púsose en pié dentro del carruage, descubrióse la cabeza, y esclamó con fervor: ¡Salve á tí, Santa Escala! ¡aquí tienes un pecador que algun dia te habrá de subir de rodillas."

"Imposible me seria espresar el efecto que produjo en mì aquel inesperado movimiento, aquel estraordinario honor tributado à una *scala*.

Reíme de ello como de una accion verdaderamente insensata; y cuando poco después atravesamos por la deliciosa *villa Volkonski* cuyos jardines, siempre llenos de flores, están cortados por los acueductos de Neron, levanté la voz á mi vez y dije parodiando la esclamacion que antes oyera: "Salve, oh vosotras verdaderas maravillas de Dios! ¡ante vosotras deben prosternarse los hombres, en lugar de hacerlo ante una escala!"

"Estos paseos en coche repitiéronse los dos dias siguientes y duraron una ó dos horas. El viernes 19 volví á ver al señor de Busséire, pero parecióme que le veia triste y abatido. Retiréme por discrecion sin preguntarle la causa de su pena que no supe hasta el dia siguiente á medio dia, en la iglesia de San Andrés de los Hermanos.

"Debia yo emprender mi viaje el 22 porque habia vuelto á tomar mi asiento para Nápoles. El pesar del señor de Bussiére habia mitigado su fervor proselítico y figurábame que se habia olvidado de su medalla milagrosa al paso que proseguia yo profiriendo sin cesar con una inconcebible impaciencia la eterna invocacion de San Bernardo.

"Entre tanto aconteciómе que á eso de la media noche del 19 al 20, me desperté sobresaltado; veia fija delante de mí una cruz grande, negra, de una figura particular, y sin Cristo. Hice grandes esfuerzos para apartar de mí aquella imágen, pero no podia dejar de verla,

y la encontraba siempre delante de mí fuera cual fuese el lado al cual me volviera. No podré decir cuanto tiempo duró esta lucha; por fin dormíme, y el dia siguiente al despertar, ya no volví á pensar en ella.

"Tenia que escribir varias cartas, y me acuerdo que una de ellas, dirigida á la hermana menor de mi novia, terminaba con estas palabras: ¡*Dios os guarde*!.... Después recibí otra de mi futura, con la misma fecha del 20 y esta por una singular coincidencia, concluia lo mismo: ¡*Dios os guarde*!.... ¡Aquel dia, en efecto, encontrábame yo bajo la proteccion divina!....

"Sin embargo, si la mañana de aquel dia alguien me hubiese dicho: *Te has levantado judío pero te acostarás cristiano*, habria considerado á quien esto me hubiera dicho como el mas loco de los hombres.

"El jueves 20 de enero, despues de haber almorzado en la hostería y llevado yo mismo mis cartas al correo, fuíme á la casa de mi amigo Gustavo, el pietista, que habia regresado de la caza que le habia tenido ausente algunos dias.

"Admiróse mucho de encontrarme todavía en Roma. Expliquéle el motivo que consistia en las ganas que tenia de ver al Papa.

"Pero iréme sin verle, díjele, por que no ha asistido á las ceremonias de la Cátedra de San Pedro y me habian hecho concebir la esperanza de que en esa festividad le veria.

"Consolóme irónicamente Gustavo hablandome de otra ceremonia sumamente curiosa que, si

bien me acuerdo, habia de celebrarse en la iglesia de Santa Marìa la Mayor; esta era la bendicion de los animales. Sobre este particular todo se nos volviò irrision y chanzas cuales puede figurarse el lector tratándose de un judìo y un protestante.

"Nos separamos á eso de las once después de haber quedado en que nos reuniriamos el dia siguiente para ir juntos á ver un cuadro que habia mandado hacer el baron de Lotzbeck, compatriota nuestro. Dirgíme á un café que habia en la plaza de España, para recorrer los periódicos, y apenas habia llegado allí cuando fué á sentarse á mi lado el señor Edmundo Humann, hijo del ministro de hacienda, y nos pusimos á hablar muy alegremente de Paris, de artes y de política. A poco llegóse á mí otro amigo, que era protestante y que se llamaba el señor Alfredo de Lotzbeck, con quien tuve una conversacion mas fútil todavía, pues hablamos de la caza, de placeres, de las diversiones del carnaval y de la brillantìsima tertulia que habia habido la noche anterior en la casa del duque de Torlonia. No podia dejarse de hablar de las fiestas de mi casamiento, á las cuales convidé al señor de Lotzbeck, quien me ofreció que concurriria á ellas.

"Si en aquel momento (porque era medio dia), otro mas interlocutor se hubiese aproximado á mí y me hubiese dicho: "Alfonso, dentro de un cuarto de hora adorarás á Jesucristo, tu Dios y salvador, estarás arrodillado en una

pobre Iglesia y te golpearás el pecho á los piés de un sacerdote, en un convento de jesuitas donde pasarás el carnaval para prepararte al bautismo, hallándote puesto á inmolarte por la fé católica; y harás completa renuncia del mundo, de sus pompas, de sus placeres, de tu fortuna, y de tus esperanzas y porvenir; y si necesario fuere tambien harás renuncia de tu futura, del cariño de tu familia, del aprecio de tus amigos, de tu adhesion á los judíos... y no aspiraras mas que á seguir á Jesucristo y à llevarle su cruz hasta la muerte...." Digo que si algun profeta me hubiese hecho una prediccion de esta naturaleza; un solo hombre hubiera habido à quien juzgara mas insensato que él, y este habria sido aquel que hubiese creido en la posibilidad de tal locura.

"Y sin embargo, esta locura es la que constituye en el dia mi sensatez y mi ventura.

Al salir del café encontréme con el carruage del señor Teodoro de Bussiére. Detúvose y se me convidó á que subiese para dar un paseo. El tiempo estaba magnífico, y acepté con gusto el convite; pero el señor de Bussiére me pidió permiso para detenerse unos cuantos minutos en la iglesia de San Andrés de los Hermanos que se encontraba casi à nuestro lado, donde tenia que cumplir con una comision que le habian dado. Propúsome que le esperase en el carruage, pero preferí yo apearme para ver por dentro aquella iglesia. Hacíanse en ella preparativos fúnebres é informéme del nombre del

difunto á quien se iban á tributar los últimos honores. ·El señor de Bussiére me contestò: "Es uno de mis buenos amigos, el conde de la Ferronays; su muerte súbita, agregó, es la causa de esa triztesa que habeis debido notar en mí hace dos dias.''

"No conocia yo al señor de la Ferrronays, nunca le habia visto, y de consiguiente no sentí mas i npresion, al saber su muerte, que aquel vago pesar que nos comunica la noticia de toda muerte repentina. Separòse el señor de Bussiére de mi para ir á tomar un asiento. "Tened pasiencia, díjome subiéndose al claustro, será asunto de diez minutos."

"La iglesia de San Andrés era reducida, pobre y desierta....Creíame casi solo en ella... no me llamaba la atencion objeto alguno artístico; miraba maquinalmente en derredor de mí sin que se fijase en mi mente pensamiento alguno....cuando de repente ya nada ví.....ó mejor dicho, ¡¡¡ay Dios mio, solo ví una cosa!!!

"¿Còmo seria posible explicar lo que vì? ¡Oh! no, la voz humana no debe explicar lo que no puede; toda descripcion, por sublime que fuese seria una profanacion de la verdad inefable.

"Habíame quedado prosternado, anegado en gada en lágrimas, queriéndoseme salir el corazon del pecho cuando el señor de Bussiére me volvió à la vida.

"No podia yo contestar á las precipitadas

preguntas que me hacia; pero por fin me asì de la medalla que tenia colgando al pecho, besé con efusion aquella imágen de la Vírgen radiante de mercedes, y observé que era ella.... ¡Oh! ¡realmente ella!

"Ignoraba yo donde estaba; no sabia si era Alfonso ú otro; sentia en mí tal cambio que creia ser otro yo mismo.... procuraba volverme á encontrar y no podia....Llenóse de júbilo mi alma; no pude hablar, ni queria hacer revelacion alguna; sentia interiormente algo solemne y santo que me hizp pedir un sacerdote; condujéronme á él, y hasta que no hube recibido de aste la órden terminante de que hablese, no hablé como pude, de rodillas y con el corazon palpitándome.

"Las primera palabras que proferi fueron de gratitud hácia el señor de la Ferronays y á la archicofradìa de Nuestra Señora de las Victorias. Yo sabia de de una manera cierta que el señor de la Ferronays habia orador por mí (1) pero no me es dable decir cómo lo supe como tampoco sabre explicar cómo lleguè á adquirir tan repentinamente y de un golpe el conocimiento de las verdades de la religion y de la fe

(1) Notorio es que el señor de la Ferronays, despues de haber edificado á Roma con sus virtudes y con la piedad que mostró en los últimos años de su vida, murió repentinamente el 17 de enero en la tarde. La víspera habia comido en la casa del príncipe Borghese donde el señor de Bussiére recomendó el jóven israelita á las oracione del señor de la Ferronays que mostró tomar, en esta conversion, un interés vívisimo.

en ellas. Lo único que pude decir es que en el momento de la vision cayó de mis ojos la venda, ó mejor dicho, todas aquellas infinitas vendas con las cuales habia estado envuelto, desaparocieron sucesiva y rápidamente asì como la nieve, el lodo y el hielo desaparecen bajo la accion de un sol ardiente.

"Salia yo de un sepulcro, de una morada de tinieblas, y encontrábame vivo, realmente vivo....¡cuánto lloraba! Percibia, allá en el fondo del abismo, las extremas miserias de las cuales me habia sacado una misericordia infinita; contemplaba mis enorme iniquidades y quedábame atónito, enternecido de admiracion y de agradecimiento....Pensaba en mi hermano con una indecible alegrìa; pero á mis làgrimas de amor mezclábanse lágrimas de lástima. ¡Ay de mi! decíame; ¡cuántos hombres bajan tranquilamente á ese abismo con los ojos cerrados por el orgullo ó por la indiferiencia! ¡cuántos hombres se sumergen vivos en esas horribles tinieblas!....¡¡¡y mi familia, mi futura, mis infortunadas hermanas!!....¡Oh inquietud desgarradora¡ ¡en vosotras pensaba oh vosotras á quienes tanto amo! ¡á vosotras consagraba mis primeras preces!....¿No levantareis los ojos, deciame yo, hacia el Salvador del mundò que borrò el pecado original con su sangre? ¡Cuánto es horrible la mancha que ese pecado deja impresa! Vuelve inconocible á la criatura que formara Dios á su imágen.

"Se me pregunta còmo llegué à aprender estas verdades, supuesso que es notorio que nunca tuve un libro religioso en mis manos, que jamás leí una sola página de la Biblia, y que el pecado original, que absolutamente han olvidado ó niegan los judíos de nuestra época, nunca habia ocupado mi mente, y aun dudo que hubiera nunca conocido su nombre. ¿Cómo, pues, alcancé á saberlo? No puedo decirlo. todo lo que sé es, que al entrar á la iglesia todo lo ignoraba, y que al salir de ella todo distintamente lo percibia. No puedo esplicar este cámbio sino sirviéndome de la comparacion de un hombre á quien se dispertase súbitamente de un profundo sueño, ó por medio de la analogía de un ciego de nacimiento que adquiriese repentinamente la vista; veria, pero no podria definir la luz que le alumbrara, y en medio de la cual contemplaba los objetos que le admiraran. Y si no puede uno esplicar la luz física, ¿còmo hubiera de poder esplicar esa luz que en sustancia, no es sino la verdad misma? Paréceme que acierto con decir que no tenia ciencia alguna de la letra, pero que sí entreveia el sentido y el espíritu de los dogmas. Estas cosas sentíalas mas de lo que las veía, y sentíalas por los inesplicables efectos que en mì produjeron. Todo lo que en mí pasaba era interior, y estas impresiones, mil veces mas rápidas que el pensamiento, mil veces mas profundas que la reflexion, no habian siquiera conmovido mi alma, pero sí la habian como cambiado, como

encaminadola en direccion diversa hácia otro fin, á otra nueva vida.

"Me esplico mal sin duda; pero ¿cómo quereis que con mezqninas y áridas palabras esplique sentimientos que apenas caben en el pecho?

"Sea lo pue fuere de este lenguaje inexacto é incompleto, lo que hay de positivo es que me encontraba yo hasta cierto punto como un ser desnudo, como una tabla rasa.... Nada era ya el mundo para mí, ya no existian mis prevenciones contra el cristianismo; de las preocupaciones de mi infancia no quedaba ya la menor huella; el amor à mi Dios habia tomado en grado tal el lugar del amor á todo otro objeto, que mi misma futura se me presentaba bajo un punto de vista nuevo. Amábala como amáramos á un objeto que tiene Dios entre sus manos, como un dón precioso que hace que se aumente el amor que ya tuviéramos al donante.

"Repito que supliqué encarecidamente á mi confesor, al R. P. de Villefort y al señor de Bussiére, que guardasen su secreto inviolable con respecto á lo que me habia sucedido. Quise sepultarme en el convento de los trapistas para no ocuparme ya sino en las cosas eternas, y tambien, lo confieso, porque juzgaba que los individuos de mi familia y mis amigos me tendrian por loco, me ridiculizarian, y parecíame que me estaba mejor apartarme totalmente del mundo y huir de sus palabras y de sus juicios.

"Sin embargo, los superiores eclesiásticos

me hicieron ver que el ridículo, las injurias y los falsos juicios hacian parte del cáliz de un verdadero y fiel cristiano; indujéronme á que bebiese este cáliz, y me advirtieron que Jesucristo habia predicho á sus discípulos que tendrian que sobrellevar trabajos, que padecer tormentos y suplicios. Estas graves palabras, bien léjos de desalentarme, aumentaron el júbilo que interiormente sentia; hallábame á todo dispuesto y solicité con ahinco el bautismo. Quisieron diferirlo, empero esclamé yo dirigiéndome á ellos: ¡Cómo! los judíos que oyeron la predicacion de los apóstoles recibieron inmediatamente el bautismo; ¡y queréis demorármelo á mì despues de haber oido á la reina de los apóstoles! Mis emociones, mis vehementes deseos y mis súplicas conmovieron á aquellos caritativos varones que me acogieron, y se me hizo la promesa, por siempre venturosa, de que se me administraria el bautismo.

"Casi no podia yo esperar el dia designado para la realizacion de esta promesa; ¡hasta este punto me veía disforme ante Dios! Y entretanto, ¡cuántas bondades, cuánta caridad se me manifestó durante los dias destinados para prepararme! Habia entrado al convento de los padres jesuitas para vivir en el retiro bajo la direccion del P. de Villefort, que alimentaba mi alma con cuanta suavidad y uncion tiene la palabra divina. Aquel varon de Dios no era un hombre, sino un corazon, sino la caridad celestial personificada. Pero apenas hube abierto

los ojos cuando descubrí en derredor de mí otros hombres de la misma especie, cuya existencia ni siquiera imagina el hombre. ¡Dios mio, cuánta bondad, cuànta delicadeza y cuánta gracia existe en el corazon de aquellos verdaderos cristianos! Todas las noches, durante mi retiro, llegábase hácia mí el venerable superior general de los jesuitas, y derramaba un celestial bàlsamo en mi alma. Decíame unas cuantas palabras, y estas palabras parecian abrirse y ensancharse en mì á medida que las escuchaba, y llenábame de júbilo, de luz y de vida.

"Aquel sacerdote tan humilde y al mismo tiempo tan poderoso, hubiera podido no hablarme, porque su solo aspecto producia en mí el efecto de la palabra; su memoria, todavía hoy, basta para recordarme la presencia de Dios y reanimar en mí un vivísimo agradecimiento. No tengo términos con que espresar este agradecimiento, pues necesario seria que estuviese dotado de un corazon infinitamente mas vasto, y que tuviese cien bocas para decir cuánto amor siento para con aquellos varones de Dios, para con el señor Teodoro de Bussiére, que para mí fué el ángel de María, y para con la familia de la Ferronays, á quien profeso una veneracion y un cariño incomparables.

"El dia 31 de enero llegó por fin, y no unas cuantas almas, sino toda una multitud de almas caritativas y piadosas me envolvió, por decirlo así, de simpatía y ternura. ¡Cuánto diera yo

por conocerlas para tributarles las gracias! ¡Ojalá oren siempre por mì como oro yo por ellas!

"¡Oh Roma, que gracias encontré en tu seno!

"La madre de mi salvador lo habia dispuesto todo de antemano, pues habia hecho que estuviese allí un eclesiástico francés que me hablase en mi lengua natal en el momento solemne del bautismo, y este fué el señor Dupanloup, cuya memoria se asociará toda mi vida á las mas vivas emociones que sienta. Dichosos los que han escuchado su voz, porque los ecos de aquella potente palabra, que se han repetido despues, jamás producirán el efecto que la palabra misma. ¡Ay! sentía yo, sí, que la inspiraba aquella misma madre, que era el asunto de su discurso.

"No referiré los pormenores concernientes à mi bautismo, confirmacion y primera comunion, gracias inefables que recibí aquel mismo dia de manos de Su Eminencia el cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad.

"Muy largo escribiria si me dedicase á espresaros mis impresiones, si repitiese lo que ví, oì y sentí.... si especialmente recordase la caridad que se me prodigara; únicamente citaré aquí al eminentísimo cardenal Mezzofante.... el Señor ha dotado á este varon ilustre del don de lenguas, como premio que se ha servido conceder á aquel corazon afectuosísimo para con todos.

"Estábame reservado recibir un postrer consuelo.

"Os acordareis de que tenia yo un vehemente deseo de ver al santo Padre, deseo, ò mas bien curiosidad que me habia hecho detenerme en Roma; pero estaba léjos de imaginar en qué circunstancias se efectuaria. Como niño recien nacido para la Iglesia presentóseme al Padre de la universalidad de los fieles. Parecióme que, desde mi bautismo, experimentaba para con el sumo pontífice los sentimientos de respeto y amor de un hijo; consideréme, pues, muy venturoso cuando se me anunció que me daria audiencia á la cual seria conducido por el R. P. general de los jesuitas; mas no obstante tan plausible nueva, temblaba yo porque nunca habia comparecido ante los grandes de la tierra, y estos grandes me parecian entonces muy pequeños comparados con aquella verdadera grandeza. Confieso que todas las majestades del mundo me parecian estar concentrados en aquel que posee el poder de Dios en la tierra, en el Pontífice que, por una sucesion no interrumpida, tomò su orígen en San Pedro y el sumo sacerdote Aaron, y que ha sucedidò al mismo Jesucristo cuya cátedra eterna ocupa.

"Jamás olvidaré el temor y los latidos de corazon que me sobrecogieron al entrar en el Vaticano, al atravesar por tantos vastos patios, por tantos imponentes salones que conducen al santuario del sumo Pontífice. Pero toda la inquietud que sentia disipóse y dió lugar á la sor-

presa y al asombro, cuando le ví á él mismo tan sencillo, humilde y paternal. No era aquel varon un monarca, sino un padre que con una extrema bondad me trataba como á un amadísimo hijo.

—"¡ Dios mio! ¿sucedera lo mismo el dia final, cuando deba comparecer ante vos para dar cuenta de todas las gracias recibidas? Tiembla uno á la idea de las grandezas de Dios y téme su Justicia; pero en vista de su misericordia renacerá sin duda la confianza y con ella un amor y un agradecimiento sin límites.

"¡Agradecimiento, tú serás mi ley y mi vida en lo sucesivo! No puedo expresar este sentimiento con palabras, pero procuraré manifestarlo con mis obras.....

"Las cartas que he recibido de mi familia me ponen en una libertad completa; esta libertad se la consagro á Dios y se la ofrezco desde ahora con mi existencia toda para servir à la Iglesia y á mis hermanos bajo el amparo de María."

—

M. COLLIN DE PLANEY.

M. COLLIN DE PLANEY nació cerca de Arcis sobre Auba el 28 de enero de 1796. Hizo en Troyes escelentes estudios. Después de ha